

corrido mexicano viene a ser, sin duda, hijo –natural– de la sangre española y la canción mexicana.⁵

A continuación de Maria y Campos reproduce un texto náhuatl del *Manuscrito de Tlatelolco* y plantea que “se parece, en todo, a una ‘bola’ suriana de los años 80 del siglo de ayer [xix] o de los 40 del que corre [xx]”.⁶ Sostiene que

la dramática narración [de] la *Bola del sitio de Tlaltizapán*, doloroso suceso de la revolución del sur, ocurrido el 13 de agosto de 1916, comprobará cómo una misteriosa herencia náhuatl llegó hasta el guitarrón [...] Los naturales de esta tierra conservaron en su corazón el eco de los cantares antiguos, y llegado el momento de expresar sus emociones [...] compusieron mitad recuerdo de sus cantares primitivos, mitad influencia del romance español, mensajes líricos.⁷

La propuesta “nacionalista-indigenista” fue llevada a su versión extrema por Serrano Martínez, quien considera que

nuestro corrido es un producto artístico genuinamente nacional, creado por el pueblo de México, del cual se ha servido como instrumento de expresión y de lucha para manifestar sus múltiples estados de ánimo [...] el corrido mexicano es [...] un género épico-lírico-trágico de estructura multiforme, ya que asume todas las formas estróficas que tenemos, desde el dístico hasta

⁵ Armando de Maria y Campos, *La revolución mexicana a través de los corridos populares*, vol. I, Talleres Gráficos de la Nación, México, 1962, pp. 20-29.

⁶ Ángel María Garibay, *Historia de la literatura náhuatl. Primera parte (Etapa autónoma: de ca. 1430 a 1521)*, Porrúa, México, 1953, p. 477.

⁷ De Maria, *op. cit.*, pp. 21, 245-247.